

dice del volumen, el texto de su participación en el coloquio de Beaubourg, en junio de 1997, sobre las investigaciones universitarias a propósito de las culturas *gays* y lesbianas. Bourdieu demuestra allí muy bien las antinomias del “ movimiento homosexual ” que sólo puede movilizar reuniendo una categoría particular de individuos, al mismo tiempo que debería denunciar la arbitrariedad histórica y sexual de esta categorización social. Uno simplemente lamentará que Bourdieu se haya dejado llevar, al final del texto, por ciertas consideraciones utópicas sobre el movimiento *gay* y lésbico como “ vanguardia posible ” del movimiento social. Este tipo de llamamientos proféticos se contradicen con el impresionante rigor científico de su obra.

MICHELLE PERROT\*

EL FEMINISMO CRÍTICA:  
“LAMENTAMOS  
SU IGNORANCIA”<sup>1</sup>

Bourdieu, Pierre.

*La domination masculine,*

Seuil, París, 1998

Pierre Bourdieu también hace su ingreso en la arena del tema del género, al que el *College de France* con Georges Duby, Michel Foucault, Paul Veyne y Françoise Héritier hizo un aporte valioso. Motivo para alegrarse, sobre todo las mujeres, que no reivindican ningún “ monopolio ” en este sentido, contrariamente a lo que insinúa el autor quien, si bien le acredita un “ inmenso trabajo crítico ” al “ movimiento feminista ” en general, desconfía de las feministas en particular.

\* Michelle Perrot es historiadora y compiló *Historia de las mujeres* junto con Georges Duby.

<sup>1</sup> Artículo aparecido en *Libération* y traducido por Claudia Martínez, para *Clarín* y *Tertulia*, Buenos Aires, 20 de septiembre de 1998.

La dominación masculina, ciertamente, no le resulta extraña. Ya la había abordado en sus primeros trabajos como etnólogo en Cabilia, adonde regresa como al arquetipo de una cultura mediterránea matricial en la que se arraiga el pensamiento más antiguo de la diferencia de los sexos. La dominación masculina allí se lee con evidencia. Constituye el principio de una organización matricial y simbólica donde la virilidad exaltada se opone a la feminidad oculta con la belleza de un dibujo.

¿Cómo se perpetúa la dominación masculina? ¿Cómo adhieren hombres y mujeres a estas identidades sexuales, más tiránicas, por cierto, para las mujeres sometidas a su violencia, pero también apremiantes para los hombres, obligados a ajustarse a las normas de una virilidad muchas veces irrisoria? Este último interrogante, en pleno auge en los Estados Unidos, todavía balbuceante en Francia, alimenta aquí desarrollos interesantes. Para compren-

der este fenómeno, habría que encarar también de otra manera la historia de las mujeres: no sólo describir los cambios de la “ condición ” femenina, sea cual fuere en efecto su importancia, sino ajustarse más bien a eso que los rechaza con tanta firmeza. Habría que emprender “ un trabajo histórico de deshistorización ” del “ habitus ”, ese viejo compañero de Bourdieu, hacer “ la historia de las combinaciones sucesivas de los mecanismos estructurales ”, en particular de las “ instituciones encargadas de asegurar la perpetuación del orden de los géneros ”, como la escuela y el Estado que, más que lo doméstico, demasiado privilegiado por los estudios feministas, organizan el “ patriarcado público ”. ¿Cómo se inscriben estos poderes en el juego de apariencias y comportamientos íntimos, en esta “ economía de los cuerpos ” a la que, como Foucault, Bourdieu otorga demasiado peso? Estas proposiciones de método no sorprenderán a quienes están familiarizados con la

trayectoria de Pierre Bourdieu. El interés consiste en verlas formuladas aquí y ahora, con firmeza, en una coyuntura intelectual donde la diferencia de los sexos es vista como una ruptura evidente hasta por la filosofía, y donde la “ política del sexo ” —familia, pareja, matrimonio— es objeto justamente de debate público. Uno también puede adherir plenamente a las posturas de Pierre Bourdieu en este terreno, como la necesidad, si queremos cambiar las cosas en las relaciones de sexos (ya se trate de relaciones entre hombres y mujeres o de la heterosexualidad/homosexualidad) de dedicarse a los fundamentos simbólicos donde se arraiga la dominación, considerada como algo natural, universal, ineluctable.

Y hacer, al mismo tiempo, un cierto número de objeciones. Uno puede, ante todo, lamentar su ignorancia (o su poca consideración) del trabajo efectuado desde hace unos veinte años, inclusive en Francia, y hasta en los campos

(escuela, Estado) que él quería que se exploraran. Algunos lo considerarán una “ negación de existencia ”, que forma parte, precisamente, de la dominación en causa. Es cierto que los estudios históricos a menudo pecan de empirismo y que es útil recordarlos.

Algunas nociones plantean problemas (¿qué es un “ inconsciente histórico ” ?). ¿No se puede, sobre todo, desconfiar de los efectos uniformizantes y demostrativos de la “ deshistorización ” tal como la propone Pierre Bourdieu? ¿Qué descubrimiento se puede esperar de esta investigación sistemática de lo mismo? ¿Qué lugar les queda al azar, la contingencia, las variaciones, los cambios y el rol de los propios actores/actrices? ¿No es, acaso, prematuro asignarle a la escuela y al Estado (por ejemplo) una función que muchas veces demostró ser mucho más compleja que la de agente de reproducción del patriarcado, siendo estos mismos motivo de lucha marcados por las re-

laciones de sexos? Las mujeres no sólo demandan educación y, por sobre todo, instrucción. También reclaman leyes que reconozcan sus derechos. ¿Su reformismo es condenable? Pierre Bourdieu les advierte, en materia de paridad por ejemplo, contra el riesgo de extender sólo a algunas privilegiadas las ventajas de la dominación masculina. De la misma manera que se asombra (después de haberlos respaldado, por cierto) al ver a los homosexuales reivindicar la condición normalizadora del matrimonio. ¿Acaso unos y otros no deberían constituir, más bien, una “vanguardia” susceptible de cambiar los fundamen-

tos del orden simbólico que es la dominación masculina? En realidad, los homosexuales más que las mujeres, de las que, en el fondo, Pierre Bourdieu no espera gran cosa, ya que sabemos que la noción de vanguardia, militar y viril está alejada de un movimiento que reivindica el acceso al derecho común. ¿Qué es la política si no el arte de la elección? ¿El radicalismo del pensamiento debe —puede— engendrar necesariamente el radicalismo de la acción? ¿Pero hay que olvidarlo por eso en aras del compromiso? ¿Qué es el filósofo en la ciudad de los hombres donde las mujeres golpean con tanta fuerza?